

De la Isla  
y de las Islas

## TIEMPO DE NIÑEZ Y PEQUEÑEZ

JUAN A. PADRON ALBORNOZ

EN un antiguo documento gráfico, un viejo y buen amigo me ha mostrado la ciudad entrañable —nuestra Santa Cruz— en la que el aire estaba lleno de sonrisas y piedad, la que tenía música en los laureles de Indias de la Rambla, en la Alameda del Muelle —o de Branciforte— y, en especial, en las plazas del Príncipe y Weyler.

En cada ruta de que nos alejamos, para siempre queda un jirón de nuestra vida. Una nostalgia lo aleja, pero algo —una foto o el sencillo perfume de una flor— puede traerlo de nuevo a nosotros.

En la foto citada, la ciudad que aún tenía castillos —San Andrés, Bufadero, Paso Alto, San Miguel, San Pedro y San Juan— presididos por el de San Cristóbal y el fuerte de Almeida, frente a la mar alta y libre. En la imagen, nuestra Santa Cruz cuando conservaba casi soledad, casi tanta santa soledad de campo y, por la ladera del Quisisana, estaba morada de buganvillas.

Aquella era la ciudad en que la vida era entonces plácida y, cada cierto tiempo, una generación desaparecía para dormir bajo los verdes cipreses de San Rafael y San Roque. En aquellos tiempos, las casas se llenaban de hijos y de nietos que no rompían con los que se habían ido para siempre. Así,

tales casas —aquellas de las plazas de la Constitución y la Iglesia, de las calles del Castillo, Tigre, Barranquillo, Marina, San José, San Francisco, Cruz Verde, etc.— eran la continuidad dulce y eternecedora a través del Tiempo: eran el triunfo sobre la muerte.

En la antigua Santa Cruz, las casas tenían, todas, su sencilla historia y, también, su sencilla anécdota. Sin moverse habían viajado con el paso de los años. Aquella, que hasta nuestros años niños se alzó en la calle del Pilar, esquina a la de la amargura —o del General Morales, si se prefiere— fue casa de campo en sus buenos tiempos, casa a la que, desde la calle del Castillo, se iba en coche de caballos entre el trigo verde, entre surcos de tierra luciente y las amapolas cuyo recuerdo oprime hoy el asfalto.

Así era la ciudad que tenía un aire endurecido de campanas y, al fondo, muy al fondo, las torres de las iglesias de Nuestra Señora de la Concepción y San Francisco; luego, el diario regalo de la mar azul pintada de barcos; unos manchaban la luz de la mañana con sus penachos de humo y, al mismo tiempo, otros —con las velas repletas de sol y brisa— le daban la sencilla alegría de su blancura.

Vista desde el Muelle Sur, así era la ciudad que iba hacia

los montes y los surcos, hacia los amaneceres de siembras —aquellos que bien nos recuerda el amigo Mochines desde Los Campitos— y, muy arriba, las noches de los bosques, el mundo vertical y verde del arbolado. A la vista de la imagen, bien comprendemos que no se puede vivir sino muriendo, que no se puede ser sino dejando de ser.

Así era la ciudad en la que los gallos cantaban e inventaban un amanecer de arbolado, un amanecer de sol naciente e hiriente en aquellos patios interiores que, con las azoteas, eran verdaderos corazones de luz, de verde intenso y extenso.

Así era la ciudad —nuestra vieja y querida Santa Cruz— que nos vuelve de la bruma de los olvidos, la ciudad de ojos azules a la que el viento, caballo por la mar y el cielo, llegaba al galope para llevarnos lejos, muy lejos. Frente al ancho relámpago de espuma que rompía y cantaba y encantaba en la costa, manos que en las cabillas de la rueda del timón, derribaron, distancias en todos los mares, en todos los océanos.

Desovillando los recuerdos, la bruma de las banderas, el viento que levantaba las olas. De aquellos años no vemos, no recordamos la precisión periódica del tiempo. Pero allí estaba la ciudad que, con su suave sombra —con toda su paz, bondad y tranquilidad— protegió nuestra niñez y pequeñez. ■

Del acontecer

## DE CUANDO EL PICO DE TEIDE NO EXISTE

OSCAR ZURITA

SI el «felipismo» o caudillaje al uso ha hecho de la débil democracia española una caricatura todavía descafeinada de lo que se debe entender por parlamentarismo, la cara oculta de la luna si lo comparamos con el británico, qué podemos decir del llamado Parlamento de Canarias.

A nivel de Estado ahí están las Cortes Generales, el Congreso de los Diputados y el Senado, nada representativas de la vida real del país, cuando con Julián Marías los asuntos públicos han sido arrebatados de hecho a los ciudadanos burlados por la ley electoral vigente y lo que determina con nuestro pensador una «pasividad» que se extiende a innumerables individuos eminentes.

Si Julián Marías ha dado en el clavo a la primera al denunciar además el hecho cierto de que «hay muchas personas dominadas por el recelo de que se pueda volver a situaciones realmente inquietantes», los miedos que apunta el filósofo de las acechanzas de los cazadores de brujas a la antigua usanza,

en Canarias el espectáculo que se ofrece al paisanaje es bien distinto, así en la Cámara regional o Parlamento Autónomo. Distinto porque si el Congreso de los Diputados dormita como los leones de la Carrera de San Jerónimo, durmiendo no como dormía don Camilo el del premio, el Parlamento canario es como una caja de música desafinada. O una jaula de grillos.

En el último pleno de la actual legislatura en las vísperas electorales de mayo, no se encendieron precisamente las luces a sus señorías. Así como cuando tan esclarecidas mentes se dispusieron a dibujar los símbolos de identificación del archipiélago canario. Y se estrujaron de tal modo que se quedaron sin la presunta materia gris que se supone a nuestros pequeños padres de la patria canaria, y así el parto que no tiene ni la categoría del de los montes, se quedó en una «palmera» y un «canario», una palmera y un canario que van a trasplantar a no se sabe qué otro paraíso perdido.

De momento, para estas lumbreras no

existe el Pico de Teide, un picacho apenas volcánico, no más, de cerca de cuatro mil metros sobre el nivel del Atlántico.

Un picacho que no será como la famosa Montaña de Arucas ni como el Roque Nublo cantado por Néstor. Un picacho sin nombre y sin poetas que le cantasen, que tampoco existe Tomás Morales ni lo mismo don Angel Guimerá.

Canarias, una palmera y un canario. Al barranco con el titánico Pico de Teide que no es nuestro, que no está aquí, que se ha hundido en la sinfonía inacabada de la mitológica Atlántida, que no lo vislumbró Colón, ni Julio Verne en su viaje al centro de la tierra, ni Humboldt se enteró de su presencia, ni mi tía Nicolasa que se mareó al subir en el teleférico.

Como la Cuenca de García Sanchís, el Teide no existe.

Ni tampoco en el propio símbolo de Tenerife decretado por sus señorías parlamentarias, que estarán aún rumiando el invento, que Tenerife es un «pinzón azul» y el «dra-

go», un pinzón, un drago y la propia violeta del Teide, otro gran ausente, que bien están el pinzón y el drago de milenios pero quizás con el Teide, que hay que decirlo como pidiendo permiso a sus ilustres señorías.

¡Bah!, qué más da, exclamará alguno, que el Teide tampoco estaba en un folleto a todo color y con texto en varios idiomas, editado por el llamado Gobierno de Canarias, en que brillaba como la violeta por su ausencia, un folleto que se titulaba pomposamente «Cozoca usted Canarias».

Y la isla de La Palma, que la isla de La Palma es la «graja» y el «pino canario», que la Caldera de Taburiente tampoco existe.

¡Bah!, qué más da... qué más da si el Teide no está en Las Palmas, en Canaria y ahora grande, Gran Canaria.

Y menos mal que el viejo Conservatorio, antes Mancomunidad de Canarias, se ha quedado vacío. Lo peor es que se va a llenar con los mismos de siempre.

Estos violines van a seguir así de desafinados. ■

QUINCENA  
DEL DORMITORIO10% de Descuento  
en todos los dormitorios\* En compra  
al contado  
o crédito.\* Modelos  
en todos  
los estilos.\* Amplias  
facilidades  
de pago.

MUEBLES SAN FRANCISCO

San Francisco, 36 Tel. 28 76 00\* Abierto los sábados por la tarde